

Conferenciatas.

Es corriente que los asistentes a una conferencia crean de muy buena fé que han ido a pasar un momento de solaz a costa del talento y saber del conferencista; pero a veces sucede lo contrario.

Hay oradores - sobre todo entre los aficionados a los estudios psicológicos - que, al placer de pronunciar discursos serios, prefieren el de observar la impresión que causan al auditorio las frases retumbantes y desprovistas de sentido.

En estos casos el conferencista se divierte a costilla de los oyentes.

Conocí cierto orador popular, que habiendo trabado apuestas sobre la benevolencia de su auditorio, subió a la tribuna un día de elecciones y apostrofó a la muchedumbre con gesto enérgico y valiente:

-Pueblo inbécil de Llay-Llay; -Una salva de aplausos recibió el inmerecido y audaz calificativo.

El orador recordó hasta el día de su muerte el rasgo de entusiasmo de los apostrofados, ante su gratuita, pero sonora injuria.

El marqués de Dos Fuentes, distinguido diplomático, hombre cultísimo y elocuente conferencista, parece poseer un temperamento irónico y burlón en alto grado. La prueba es que en una sucesión de largas y nutridas conferencias, no ha dejado de criticar la verbosidad española, atribuyéndole gran parte de las desgracias de su patria.

El marqués conserva al hablar perfecta seriedad, y observa atentamente las impresiones que causa en su auditorio, sub que la más leve sonrisa se transluzca en sus labios. ¡Cuánto debe divertirse el marqués;

Un día, por ejemplo, que según sus investigaciones científicas, los romanos, los fenicios, los griegos y los moros, que ocuparon durante siglos la península ibérica, no dejaron rastro alguno de la raza y civilización española.

Los estudiantes y señoras asistentes, aplauden a rabiar y muy en serio la enunciación de este "Hecho histórico". El marqués pasea serenamente la vista por la sala. Nada revela en su rostro un esfuerzo mental por contar y clasificar a los que aplauden o para hacer profundas reflexiones sobre el atraso de la instrucción pública y la falta de cultura femenina.

Termina la conferencia, y otro día, al hablar del alma hispana, sostiene que el misticismo viene a los españoles de los moros, es decir, de ese pueblo que según su anterior disertación, no dejó rastro alguno en la raza española.

Los oyentes aplauden con delirio. Son los mismos que aplaudieron días antes la afirmación que hoy contradice.

¡Oh lógica admirable que muestra bien claramente la cultura de algunos asistentes. ¡¡Qué caudal de experimentación pueden ser para un hombre observador como el marqués, esas manifestaciones;

Pero él escucha, imperturbable, la ovación, y se contenta con afirmar una vez más que sus conferencias son el resultado de minuciosas y pacientes investigaciones científicas.

Don Paulino Alfonso, con galantería y franqueza, dignas de su perfil y su chambergo, se atrevió a insinuar el Sábado, cuando presentó el conferencista al ateneo, que su apadrinado era un poco fantástico.

El marqués rebatió con aire enérgico semejante imputación, que tan mal se avenía con la austeridad y mesura de juicio, propias de un hombre de ciencia. Y el conferencista pudo ver, por las ovaciones de los asistentes, que éstos no dudan ni por un instante que todo cuanto ha dicho sobre España, es el fruto de una larga y penosa investigación histórica.

El marqués hace una obra educativa y debe continuar sus conferencias. Además de interesantes y amenas, son ellas una lección de mundo para los oyentes. Con el transcurso de los años terminarán por convencerse que en este siglo en que hay marqueses demócratas e instruidos, hay, también, conferencistas muy irónicos.